

Breve doctrinal del cubierto y la servilleta



Con este artículo, inicia en nuestras páginas una serie de trabajos sobre temas cotidianos, finamente percibidos y galanamente expuestos, un ilustre escritor que oculta su nombre en el seudónimo «El Convidado de Piedra».

I

AL sentarse a la mesa predominan dos actitudes, con variantes intermedias, respecto del cubierto y la servilleta: la del comensal que desprecia profundamente, con la profunda ineducación que posee, el uso debido de ambas cosas, o el que siente por ellas la veneración que se experimenta hacia lo desconocido, y se hace esclavo de lo que debiera ser lo suyo.

El primero hace sufrir a quien le contempla y sobre todo a los encargados de servirle que, por tener que observar lo que necesita, asisten impasibles y aterrados al desorden anárquico que introduce en la mesa.

Con verdadero espanto contemplan, sin que su corrección pueda impedirlo, no solo que se lleva a la boca los elementos del cubierto, que jamás deben acercarse a ella y que fantasea sobre el uso de la servilleta, sino que ha utilizado para los huevos el tenedor del pescado, que al comer éste se ha servido del cuchillo de la carne y que ahora no tiene con qué partirla.

Y ellos abnegadamente se apresuran a reparar en cada caso sus errores de la mejor manera posible, volviendo a poner a su alcance aquello que utilizó indebidamente y luego le hará falta, sin duda. Pero cuando ven que el helado lo toma con la cucharilla de los huevos, que dejó sin utilizar a su tiempo, le dan ya por perdido y ni le miran siquiera cuando, en vez del cuchillo de postre, en un alarde de elegante despreocupación, intenta mondar la fruta con la olvidada pala del pescado que ahora atrajo su atención.

El segundo es menos peligroso para el servicio, aunque más desazonante para sus compañeros de mesa que le ven utilizar cuantos tenedores, cuchillos, palas, cucharillas, etc... le ponen delante, sin perdonar una, como si se tratara de hacer un verdadero juego de manos y lo menos importante para él fuera la comida ante el empleo, irreprochablemente mecánico, tal como lo aprendió colectivamente en el lujoso internado donde se educó, pero sin distinción gastronómica de calidades; sin ver más que el cubierto que halla ante sí.

El «sabe» que todo ha de comerse con esos instrumentos cortantes, pinchantes o recogientes que le han colocado en su sitio y no utiliza las manos ni aún en aquello que es obligado, aunque el no lo «sepa». Y es el que si le ofrecen una aceituna, pinchada en un tenedor, intenta, con raro éxito alguna vez, pincharla en el aire, o mete el cuchillo en el plato de huevos o en los postres que le rechazan psicológicamente o, lo que es peor, come con él, en emocionante inestabilidad y temor de verle cortarse los labios